

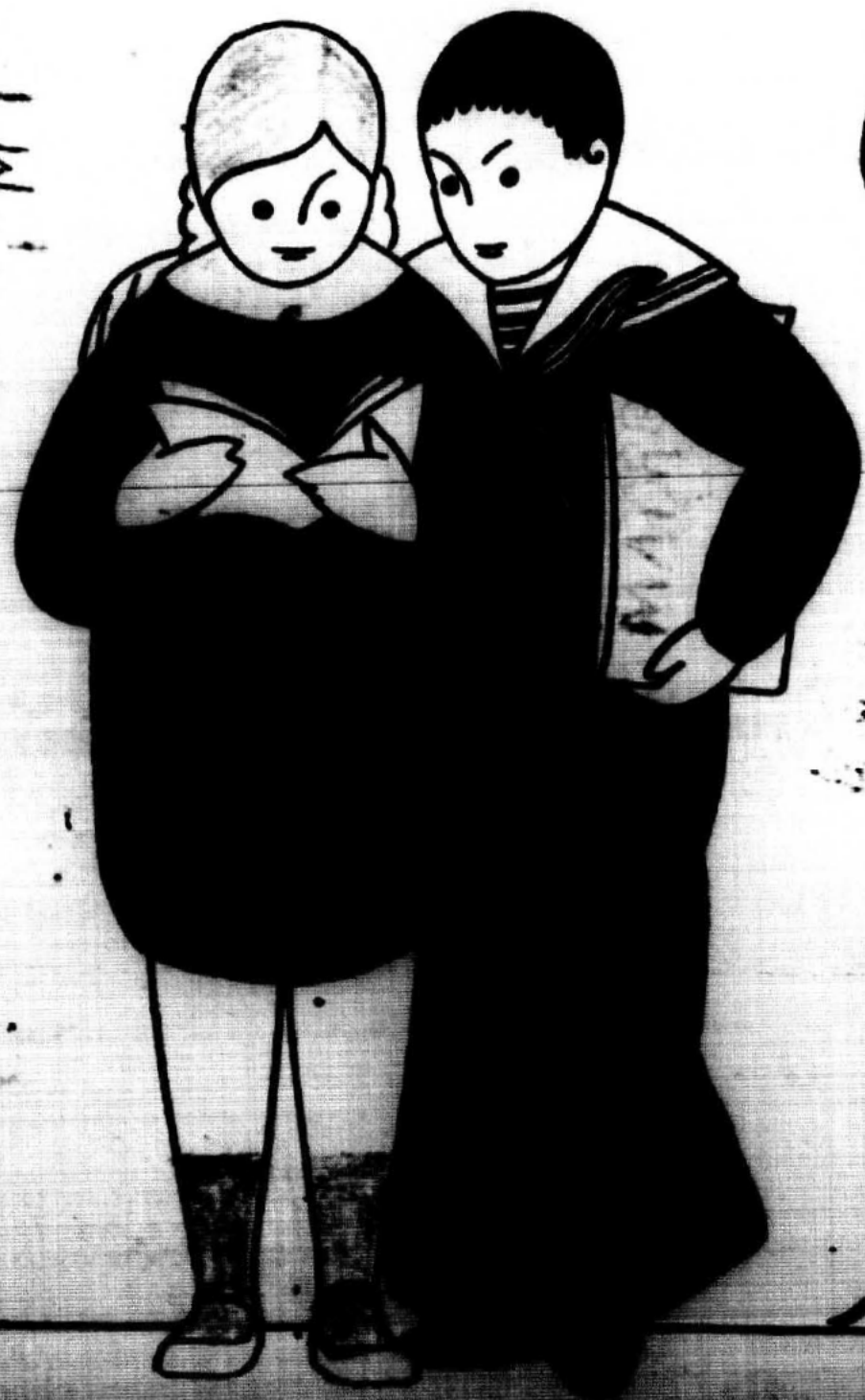
LA NOVELA IDEAL

MADRE

Número 14

15 céntimos

M I



Publicaciones de LA REVISTA BLANCA

LOS GRANDES DELINCUENTES

AUTOR: FEDERICO URALES

*Novela sobre las luchas ideales
de nuestros días*

Ejemplar: 0'85 ptas.

Publicaciones de LA REVISTA BLANCA

Sembrando flores

AUTOR: FEDERICO URALES

Novela de una vida ideal

De la cuarta edición, 1'25 ptas. ejemplar; de la
quinta: 2 ptas.; magníficamente encuadrada
en tela: 3'50 ptas.

47/1492293

LA NOVELA IDEAL

Número 14

Antonia Maymón

MADRE



Publicaciones de LA REVISTA BLANCA
Oliveras, 30, Barcelona (Guinardó)

:: VOLUMENES PUBLICADOS ::

1. **MI AMIGO JULIO**, de Adrián del Valle.
2. **FLORECIMIENTO**, de Federica Montseny.
3. **ABNEGACION**, de José Sanjurjo.
4. **HERMANOS I**, de Salvador Cerdá.
5. **LAS SANTAS**, de Federica Montseny.
6. **MI HERMANA**, de José Martín.
7. **EL REDENTOR**, de Isaac Pacheco.
8. **ENGANADA I**, de Federico Urales.
9. **EL CACÍQUE**, de F. Barthe.
10. **JUBILOSA**, de Adrián del Valle.
11. **EL HIJO DE NADIE**, de Federico Urales.
12. **EL AMOR NUEVO**, de Federica Montseny.
13. { **EL ARREO**, de Solano Palacio.
 { **AL JABALÍ**, de Salvador Cerdá.
14. **MADRE**, de Antonia Maymón.

La próxima novela se titulará **NAUFRAGOS**, de Adrián del Valle.

DEDICATORIA

A todos los que amaron y sufrieron; a los que al cruzar el sendero de la vida fueron dejando en él jirones de ella, pero jamás claudicaron de su ideal, y preferentemente a los que de sus dolores sacaron fuerzas para la lucha y enseñanzas para su perfección.

Lector: el eje de la vida es el amor; quieres vivir, ama; sé mediocre o lumbrera, perfecto o lleno de defectos, pero ama; ama al individuo o a la sociedad, consagra tu vida a un ideal de cariño.

Ama, lector, ama en todas las épocas de tu vida; desde la cuna al sepulcro sea toda ella consagrada al amor, y al despedirte de la vida, lanza al espacio un beso de amor que vibre y repercuta por todos los ámbitos de la tierra.



MADRE



PRIMERA PARTE

Con la frente en la mano y el cuerpo contra un árbol, contemplaba Alicia la puesta del sol, en un hermoso día de primavera; todo él lo había dedicado a sus recuerdos y, a fe, que éstos no tenían nada de agradables; sin duda nació para sufrir y cumplió tan perfectamente su misión, que no faltó absolutamente nada a su desgracia. El más escrupuloso de aquellos espíritus malignos, con que aterrorizan nuestra infancia, no hubiese tenido inconveniente en firmar en blanco al nacer Alicia, si hubiese sabido las traiciones, desengaños y penas, por qué había de pasar la pobre niña.

Fué hija del amor o del crimen, y en una noche del crudo invierno, mientras soplaban el viento y azotaba la lluvia, giró el torno del Hospicio y allí entró aquel trozo de carne, como desecho tirado al estercolero, estorbo que si no se confía a la caridad, se lanza al retrete o se entierra en una cuadra.

Todos los que saben algo de lo que pasa en estas

casas de Caridad, saben lo reñidas que están con el cariño, si siempre necesario, indispensable en la infancia; la disciplina y uniformidad de esta vida pesaba sobre Alicia como losa de plomo; hija del amor debió ser, ya que ambicionaba más los besos que el pan, y en sus paseos por la capital, hubiera salido de la interminable fila, para coger de la mano a la primera mujer que por su lado pasara y andando muy pegadita a su falda sentir de vez en cuando sus cabellos acariciados por aquella mano.

Aquellos dormitorios con sus filas de camas simétricamente alineadas, ponían frío en su alma; en medio de tantas compañeras, se sentía sola y desde que oyó contar a una de ellas, llevada allí por la muerte de su madre, que todas las noches la besaba al acostarse, siempre se dormía con la boca entreabierta, para que el espíritu materno—para Alicia su madre era muerta; su infantil concepción de la vida no comprendía de otro modo su abandono—que vagaba por el dormitorio, la cerrase con un beso.

Conforme Alicia crecía, iba poseyéndose del espíritu religioso; la leyenda del crucificado la impresionaba y exaltaba de amor místico, hacia un Dios tan bueno y tan misericordioso, que se hizo hombre y murió en un patíbulo afrentoso para abrirnos las puertas de un paraíso perdido por nuestra culpa, y ante la figura dolorosa de su madre, tocada de luto y traspasada por las espadas del dolor, sentía deseos del martirio, para recompensarla de la ingratitud humana.

Aquel símbolo del dolor materno era su madre, puesto que lo era de toda la humanidad, y ella que no pronunció nunca esta palabra, cifraba en aquella figura todas las dulzuras que representa. Los que de

niños sintieron el calor del beso materno secar sus lágrimas infantiles, quien lloró los desengaños en el regazo de una madre y se sintió estrechado en los brazos de quien le dió el ser, no fué nunca totalmente desgraciado; por eso Alicia no veía la virgen bella y resplandeciente, coronada de estrellas y rodeada de ángeles, sino la madre que sufría ante el dolor de su hijo, abriendo sus brazos a la doliente humanidad.

Cuando salió del asilo, creyó que se levantaba una enorme losa que sobre ella pesaba y se dispuso a luchar valientemente por la vida; poco duraron sus ilusiones. Trabajó en diferentes oficios y en todos ellos encontró la aridez y descontento que imprime al trabajo la sociedad capitalista; sirvió conociendo el egoísmo y avaricia de la clase explotadora, tuvo amigas y compañeras y comprobó la estultez de la clase explotada y, por último, entró en una fábrica, enorme ogro destructor de vidas humanas, que resoplando todo el día como bestia enfurecida, lanzaba negro humo por sus altas chimeneas y negro infortunio en centenares de mujeres.

Allí se inició en la lucha social y en el amor humano, y joven, impulsiva y generosa, en una y otro puso el ardor y el entusiasmo peculiar de su temperamento. A medida que la fe perdía terreno, lo ganaba el concepto de la injusticia reinante, y aquel Cristo macilento, que acogía con igual gesto las súplicas de la madre que le pedía la vida de su hijo, que las del avaro que deseaba aumentar su caudal con la usura más inicua, fué substituido por el hombre, verdadero redentor de sí mismo y por consecuencia de la humanidad. A una religión de dolor y muerte, de renunciación y esclavitud, sucedió una perspectiva de vida sana y alegre, de hombres y mu-

jeros laboriosos y activos, amantes, generosos y sinceros y a la quietud del claustro, la propaganda activa. En estas andanzas conoció al hombre a quien se entregó sin mandato de juez ni bendición de sacerdote, y si hemos dicho antes que Alicia cumplió con cgeces su misión de sufrimiento, en honor a nuestra misión de fieles intérpretes de la verdad, debemos aclarar, que gustó la felicidad con el tiempo que, luchando por el ideal de progreso que abrazara, amó al hombre que con ella compartía las penas y alegrías que este pícaro mundo nos proporciona.

Alicia era activa, y como sabía por experiencia las derivaciones que causa en la vida la ignorancia y la superstición, con incansable afán trataba de redimir a sus compañeras. No pocos disgustos le causó su conducta y alguna vez hubo de visitar la cárcel y el Juzgado, pero de todo la consolaban el trabajo cotidiano y el amor del hogar.

Estalló una huelga y con ella creyó llegada la hora de redención. Por fin el pueblo despertaba de su letargo y se preparaba a conquistar la vida, ¡amor y libertad para todo el mundo! Error crasísimo. Hubo prisiones y represalias bárbaras, obreros que traicionaron a sus hermanos, traiciones y mala fe por parte de unos, cobardía y estultez por parte de otros, y nuestra heroína, si es que cuadra este nombre a mujer tan sencilla, al salir de la cárcel, donde estuvo bastantes meses, se encontró sin trabajo y sin hogar, pues su compañero había entretenido su ausencia y sus ocios durante la huelga, con una mujer casada, cuyo marido ausente tardaría bastante en volver.

Tales eran los motivos por los cuales Alicia, en aquel día de primavera, apoyada la frente en la mano y el cuerpo en un árbol, pensó en morir. Apu-

rado el cáliz de la amargura, nada le restaba hacer en esta sociedad de tontos y malvados, y en esta afirmación se había robustecido con las observaciones de todo el día. ¡Qué diferencia entre la naturaleza y el hombre que se cree dominador de ella y en realidad es un polichinela, juguete de sus pasiones!

Mientras la naturaleza transforma y convierte en vida las más insignificantes partículas de materia, el hombre explota, odia y mata a sus semejantes. Las avecillas construyen con esmero el nido de sus pequeños, los animales más feroces lamen con amor a sus cachorros, el más insignificante de los insectos cumple la misión que como procreador le impuso natura; sólo las hembras humanas desprecian la función maternal, arrojando con desprecio el fruto de sus entrañas. Mientras el sol fecunde la tierra y dé vida a los elementos que la componen, la naturaleza entera será un continuado himno al amor, un eterno espasmo de fecundación y una constante manifestación de vida; sólo el hombre, que disfruta de las ventajas que le proporciona el honor, la familia y la sociedad, renuncia a la vida, trocando el amor espontáneo por la rutina y la libertad por los convencionalismos sociales. Y a Alicia, sintiéndose átomo en la sociedad, faltáronle las fuerzas para luchar contra todo lo consagrado por la rutina y mucho más para adaptarse al medio social que la ahogaba, y encontró tan justa y natural su desaparición de la vida, que a la caída de la tarde se levantó serena y con ánimo resuelto se encaminó a la ciudad, en busca de la muerte.

¡Cuán cierto es que nos desconocemos completamente y que al choque de las emociones que recibimos cambiamos de un modo que a nosotros mismos

nos desconcierta! Mientras Alicia enderezaba sus pasos a la ciudad, completamente convencida de que aquella noche pasaría al dulce reposo del no ser, una mujer casada se preparaba a ocultar el fruto de sus devaneos, para poder recibir a su esposo con toda la tranquilidad de matrona honorable, y ¡casualidad feliz o desdichada!, una vecina de Alicia, mujer amable y complaciente en tales casos, era la encargada de escamotear aquella prueba viva, que podía dar un mentís a la perfectísima realidad burguesa.

Caro lector: muchas veces has creído que ya no te falta nada para completar tu desgracia y de pronto te enteras que lo pasado es un grano de anís comparado con la montaña del presente. Del mismo modo Alicia, cuando se enteró por la vecina oficiosa, de que cuando las sombras de la noche tendieran su manto a la ciudad, un ser engendrado por el hombre que ella tanto amó, iba a ser lanzado a la mentira oficial, llamada caridad, lloró las lágrimas más amargas de su vida y, ¡cosa extraña!, estas lágrimas, aflojando sus nervios, borraban todo indicio de odio y un gran amor se gestaba en sus entrañas estériles. ¡Pobre ser lanzado como ella a las miserias morales del abandono! Como ella también crecería ayuno de besos y caricias y también lloraría amores y desengaños; nadie depositaría un beso en su boquita de rosa; el horrible recuerdo del común dormitorio, del inmenso refectorio, de todo aquel orden y disciplina, tan falto de alegría y cariño, como sobrado de hastío y aburrimiento, se presentó en su cerebro y sintió unas ansias locas de besar y estrechar contra su pecho aquel frágil cuerpecillo, de depositar en él todos los restos del cariño nunca satisfecho y menos comprendido y, sin razonamientos, ni

propósito definido, siguió y espío a su vecina y nunca supo si amenazó o suplicó, si infundió miedo o lástima; lo cierto es, que con el recién nacido en sus brazos, huyó de la ciudad sin volver la vista atrás, como nos cuentan que huyeron las hijas de Lot de la ciudad de Sodoma.

SEGUNDA PARTE

El sencillo ajuar y las blancas paredes, denotaban la humilde vivienda de un obrero. Todo en orden y limpio e iluminado por una ventana por donde entraba el sol a raudales y debajo de la cual una máquina de coser rodaba rápidamente, manejada por una mujer, ni joven ni vieja, ni guapa ni fea, sin más rasgos notables en su fisonomía que el reflejo de una bondad interior y una paz inalterable. Nadie al verla coser, con la prisa natural de quien de esta prisa saca el pan cotidiano, con su sencillo vestido de percal, su cabello prematuramente cano, habitando en una buhardilla amueblada con una mesa y cuatro sillas de pino, la hubiese tomado por la protagonista de una novela, ya que éstas acostumbran a ser extraordinariamente hermosas y gentiles y adornadas de tales condiciones, que hasta los transeuntes quedan admirados a su paso por la calle; mas nuestra antigua conocida Alicia, que no era otra la que afanosamente cosía, seguía siendo tan insignificante como en la primera parte de su historia, manifestaba su exterior tanta igualdad con las demás obreras de su edad y clase, que a su paso por la calle no llamaba la atención de nadie, ni se volvía a mirarla, ni siquiera el tendero de la esquina, el hombre más parlachín y amigo de requiebros del barrio.

Y no sé si esta cualidad será del agrado del lector, pero cuando una cosa es así no hay que darle vueltas, porque siempre queda de la misma manera; ni él, ni yo, tenemos la culpa de que Alicia no tuviera unos ojos irresistibles, ni cutis de seda, sino sencillamente de carne, ni estas cualidades que son indispensables en toda novela, más o menos verídica.

He de decirte, lector amigo, con la reserva del que no quiere que del caso se entere todo el mundo, sino los precisos para que se sepa, que en este momento siento una gran envidia hacia un novelista que encontró una heroína para su novela, poseyendo unas manos tan privilegiadas, que a pesar de emplearse en los oficios más bajos y penosos, eran la envidia de las grandes señoras; por ese lado estamos en desgracia, pues las de nuestra amiga, no habían podido resistir el continuo fregar y lavar, así como otros menesteres, tan poco románticos como los citados.

Abriendo la puerta con cuidado, como quien quiere entrar sin ser notado y caminando de puntillas, entró en la habitación un joven y llegándose hasta Alicia y tapándole los ojos con las manos, la besó apasionadamente en la frente.

Reconociendo la caricia, volvióse ella rápidamente, y sus ojos irradiaron tanto amor y tanta abnegación, que el más exigente no los hubiese cambiado por los que poseen las negruras del abismo o el purísimo azul de un día sin nubes.

—¡Vamos, madre, basta de trabajar! — gritó Luis, pues así se llamaba el joven.—Aprobado, admitido y con paga adelantada.

Y metiéndose la mano en el bolsillo del pantalón, sacó unos cuantos duros que hizo sonar alegremente.

Alicia levantóse diligente y en pocos momentos madre e hijo despachaban la frugal comida. De sobremesa Luis dió las debidas explicaciones.

Desde aquel día disfrutaría de un sueldo, si bien modesto, lo suficiente para que su madre cesara en aquel abrumador trabajo, que la tenía encorvada todo el día delante de la máquina. Se acabaron las veladas, durante las cuales perdía la vista para ganar unos céntimos. Ella se sacrificó toda la vida para que su hijo fuera un hombre de provecho; ella inculcó los sentimientos generosos que palpitaban en su pecho; ella le enseñó a amar y justo era que ahora recogiese el fruto, apoyando su vida en el robusto brazo de su hijo.

Así hablaba Luis mientras Alicia lloraba de gozo; pero éste, abrazándola tiernamente, le dijo:

—Ea, basta de lágrimas y suspiros; se acabaron las penas. Desde hoy el trabajo recaerá sobre mí y podrás pasear por el campo, que tanto te gusta, y descansar algo de las penas y fatigas que has pasado toda la vida. Quiero consagrar la mía al amor, y entre todos mis amores, tú ocuparás siempre el lugar preferente, que mucho más se merece la mujer que me enseñó a amar y su vida la dedicó a su hijo, desde la cuna hasta el presente. Mira—continuó, cogiéndole cariñosamente una mano: — para mí representas todo lo bueno que durante mi vida pueda practicar. Amo a la humanidad; sus dolores son los míos; siento el latigazo de la explotación no sólo en mis carnes, sino en la de todos mis hermanos. Adoro a los niños; quisiera para ellos hermosos jardines, sol y alegría; mi corazón se anega en el dolor al contemplar esos rapaces raquíuticos, tristes e ineducados, que hoy son afrenta de la sociedad

y mañana constante peligro para ella. Tiemblo de coraje cuando veo a la mujer vender sus encantos a cambio de unas miserables monedas, y me compadezco de los poderosos cuando les veo malgastar su vida en la disipación y la crápula. En cambio, río y bato palmas de alegría al vislumbrar una sociedad de hombres sanos y morales, llenos de defectos quizá, quién sabe dando cuántos tumbos de organización hasta encontrar la verdadera senda de libertad y progreso, pero regidas sus acciones por la ley del amor, baluarte en el que se ha de refugiar el hombre, si quiere ser bueno y feliz. Todo esto—prosiguió amorosamente—¿quién si no tú me lo enseñó? Sin hablarme de sociología, me enseñabas a amar a todos los desheredados; sin nombrar la fraternidad, a abominar de la violencia; sin conocer el arte, a desear la belleza, porque el amor es el compendio de todo lo bueno, lo justo y lo bello. Y si el hombre llegara a regir el mundo con el razonamiento, exento de amor, volvería todo a ser hecho añicos, para formarse otro donde la constante evolución fuese engendrada por la ley suprema del amor. Todo esto me lo has enseñado tú, enseñándome a amar, y todos tus dolores y sacrificios los recompensará tu hijo, amándote en todos y cada uno de los actos que realice.

Alicia miraba a su hijo, pero yo me guardaré muy bien de explicar cómo. Hay sentimientos que explicándolos se empequeñecen. Dejo esta tarea a cargo del lector.

La vida de Luis y su madre se deslizaba alegre, tranquila y feliz; él era trabajador y morigerado; con su madre, amable y cariñoso; con sus semejantes, incansable propagandista de otra sociedad más

justa y razonable que la presente. Alicia, completamente feliz, cuando recordaba el pasado comprendía el error en querer desaparecer de una sociedad tan necesitada de regeneración, y ni una sola nube turbaba el tranquilo bienestar del presente, formado por las lágrimas del pasado, fundidas en el crisol del bien.

Luis llegó a ser un buen obrero, ganando, no lo suficiente, pero sí lo indispensable para atender a las necesidades de su madre y una compañera, y considerando necesario la compañía de una mujer con quien compartir las alegrías y las penas de la vida, comunicó sus propósitos a su madre, hablándola de esta manera:

—Madre querida: ha llegado el momento de decirte que mi vida no se satisface con tu cariño, con ser tan inmenso y tan comprendido y correspondido; sé que lo comprenderás perfectamente y te asociarás a mi obra. Tu vida entera no puede ser empañada con un acto de egoísmo, imposible en quien tanto sufrió y amó; por eso te abro mi corazón con toda confianza: amo y soy correspondido; como todos los seres de la tierra aspiro al amor del otro sexo.

—¡Oh, hijo querido!—exclamó Alicia.—Sólo me falta, para ver completada mi obra, tu felicidad. ¡Dichoso tú si nunca la traición llama a tu pecho! Con todas las fuerzas de mi amor hacia ti, te deseo acierto en la elección de compañera.

—¡Pobre madre, y cómo revelan tus palabras la bondad de tu corazón! ¿Crees que ignoro que tu vida fué amargada por la traición de mi padre? ¿Te acuerdas cuantas veces en mi infancia, al dormirme en tu regazo, te preguntaba por qué no tenía padre

como los demás niños? «Murió», me contestabas sencillamente, y yo envidiaba a los otros niños que en nuestros paseos encontrábamos. Pero un día la calentura se apoderó de mí; el médico desconfiaba de salvarme, velabas día y noche a la cabecera de mi cama, insensible al frío, al hambre y al sueño. En los delirios de mi turbada mente, creía ver una figura que espantaba la muerte, que se la disputaba con tenacidad y que al fin conseguiría ahuyentarla; eras tú, madre amada, que inclinada sobre mí espías mis menores movimientos. Y una noche que el sopor cerraba mis párpados, tú, llorando, decías: «Quisiera ser creyente para pedirle a Dios la vida de ese inocente que me ha ligado al mundo, que quise abandonar, fin y objeto de mi existencia y depósito de todos mis malogrados amores.» Desde entonces jamás te pregunté por el autor de mi existencia; comprendí, a pesar de mis pocos años, que un ser sin corazón había tronchado tu vida y defraudado todas tus esperanzas.

Alicia había seguido anhelante el relato de Luis. Uno de sus más grandes temores era perder algo del cariño de su hijo, si éste sabía que no le debía el ser, error disculpable en una pobre mujer que tantos desengaños sufrió.

Gozosos y contentos, convinieron en pasar el domingo próximo en el campo en compañía de Aurora, que así se llamaba una joven que, sin ser tampoco soberanamente hermosa, reunía las gracias de la bondad, la juventud y la inocencia de quien no está moralmente pervertida.

* * *

Alicia, Aurora y Luis pasaron un día felicísimo; comieron con el natural apetito que caracteriza a las personas sanas, alegres y trabajadoras; aspiraron el grato olor del campo, superior a cuantas esencias fabricó la industria; departieron amigablemente sobre varios temas, y finalmente, Aurora y Luis arrullaban sus amores, mientras Alicia repasaba sus recuerdos como aquel otro día que sola y desesperada pensó en morir.

Igual que entonces, la tarde primaveral entonaba un himno armonioso a la vida; también las aves cantaban sus amores y cuidaban de sus nidos; idénticas flores abrían sus corolas, mientras las pintadas mariposas se posaban sobre ellas, luciendo sus vivos y bien combinados colores. Como todos los años, la tierra se estremecía al beso fecundante del sol y se preparaba para hacer germinar la semilla depositada en sus entrañas, y también, como entonces, en tanto que en la naturaleza todo era armonía, los humanos seguían odiándose, matándose sin piedad y explotándose inicua y cruelmente; pero, ¡qué diferencia entre la Alicia de entonces y la de ahora! Antaño, sin valor para la lucha, quiso morir; al presente, dignificada por una misión grande y sublime, cumplida a la perfección, había ascendido a la cima de la humana bondad; sentíase satisfecha y compadecía a sus contemporáneos, que malgastaban su vida en el odio, sin comprender las ventajas de la vida consagrada al amor.

Entre tanto, Aurora y Luis formaban proyectos para el porvenir. ¡Admirables quimeras que unas veces se convierten en realidades y otras en castillos de fuegos artificiales! Aurora, con la desconfianza propia de la juventud y de la falta de conven-

cimiento, dudaba entregarse al amor sin ninguno de los lazos que inventó la sociedad, no para fomentarlo y sostenerlo, sino para aprisionarlo.

Luis trataba de convencerla de la falta de lógica de esta suspicacia y de la falta de base sólida que tienen los juramentos eternos en esta cuestión.

—Amame—le decía,—mientras mis cualidades te induzcan a ello. Amame sin egoísmo ni falsedad, y cuando se termine tu amor, franca y noblemente decláramelo. Con el corazón sangrante de dolor y pena viviré lejos de ti, si todavía te amo. Mas es preferible mil veces la separación que el engaño. Y si con la intuición propia de tu sexo ves mi desvío; si comprendes que tu amor es impotente para conquistar el mío, apártate de mi lado y no sigas la general rutina de las de tu sexo: lánzate en mis brazos en plena confianza de encontrar en ellos amor, o rompe en pedazos un corazón que no sabe hacer latir otro al unísono.

—Es cierto, Luis—dijo Aurora,—que el amor es así como tú lo describes, pero ¿y la sociedad? ¿Qué concepto formarán de mí mis padres, mis amigas y mis compañeras?

—Amiga mía, la sociedad es un conjunto de seres estúpidos que de la moralidad han hecho una tapadera para sus particulares conveniencias, y así verás que lo que es completamente moral en un país, es inmoral en otro, y lo que en una época se tolera y hasta santifica, en otra es rechazado por absurdo y ridículo. Lo que nunca cambia es el amor, la atracción de los sexos, como ley inmutable de vida y conservación de la especie.

—Y si un hijo fuese el fruto de nuestro cariño, ¿qué nombre tendría delante de esa sociedad, que lo

tacharla de bastardo, de hijo sin padre y de otras lindezas por el estilo, con que son designados los hijos del amor?

—¡Qué poco acertada estás, querida mía, en el argumento que empleas para disuadirme! Desde el insecto más rudimentario hasta el hombre, último en la escala zoológica, todas las hembras están dotadas por la naturaleza del instinto necesario para la cría y educación de sus pequeñuelos. Sólo las hembras humanas, perturbadas por el rutinarismo y los prejuicios de la educación, reniegan del fruto de sus entrañas, rindiendo culto a una tradición que afortunadamente va perdiendo terreno cada día.

—Pero no me negarás—objetó Aurora—que hay que dar cierta cuenta al mundo de nuestros actos.

—El mundo, Aurora mía, es un ogro que devora nuestra actividad en cosas inútiles y que nos exige cambiar de opinión con la misma facilidad que cambiamos de camisa. Mira ese nido de avecillas: juntólas el amor; al arrullo de su cariño se engendraron sus hijuelos, que no necesitaron que el juez ni el sacerdote lo dispusiera, para tener un nido colgado en la más linda rama de un árbol, ni para que sus padres empollaran los huevos con el calor de su cuerpo y les lleven el alimento con su pico. ¿Qué dirán de ellos los otros pájaros cuando libres vuelen por el espacio? Dirán que son hijos del amor como todos ellos, que las dulces endechas que el ruiseñor cantó en el bosque fueron himnos triunfales cuando arrulló a la hembra de sus amores y dulcísimos trinos cuando saludó la venida al mundo del fruto de ellos.

Aurora no podía por menos que dejarse arrastrar por la lógica amorosa de Luis; mas, influenciada

por el ambiente, que tanto deprime la inteligencia femenil, temía la crítica mundana si efectuaba su unión sin otra legalidad que el mutuo acuerdo de ambos; pero Luis, carácter firme y recto, con una gran concepción de ideas y una firme voluntad cuando estaba seguro de sus actos, triunfando de la timidez de Aurora, supo convencerla que la dignidad de la mujer estaba en entregarse libremente al elegido para compañero.

Un grupo de niños cantaba alegremente, y mientras el sol se iba ocultando lentamente y la naturaleza toda se preparaba a descansar y recuperar el esfuerzo diurno, nuestros amigos determinaron solazarse concurriendo a un teatro donde se representaba una obra de las llamadas sociales, porque de argumento más substancioso que la generalidad, tienen una finalidad educadora, que es lo que se debería buscar en estos espectáculos.

La sala, que estaba brillantísima, contenía individuos de todas las clases sociales, gente adinerada que iba a distraer sus ocios y lo menos a admirar las bellezas de la obra, y artesanos que acudían a solazarse una vez por semana y a sentir las verdades que allí se dijese, no obstante a estar dispuestos a continuar al día siguiente su vida de esclavos voluntarios.

Luis aprovechó la ocasión para hacer notar a Aurora que quizá en la sala se representasen dramas más hondos que en el escenario.

—Mira, Aurora: fijate en los rostros de los presentes: todos ellos resplandecen de gozo y felicidad y sin embargo; qué dramas escondidos y disimulados bajo la tranquilidad aparente! Si tuviéramos bastante poder para leer en los pensamientos de to-

dos los espectadores, ¡qué de reputaciones caerían por tierra! ¡Cuántos caballeros tenidos por honrados y morales resultarían unos pillos redomados! ¿Cuántos hogares, citados como modelo, descubrirían la podredumbre de su intimidad? Y es, mi querida Aurora, que la hipocresía reina y domina en una sociedad regida por el interés. Por eso, nosotros queremos una colectividad franca y noble, empezando a fundar nuestro hogar sobre estas bases.

De este modo pasaron nuestros amigos el día, regresando a la ciudad con la tranquilidad del deber cumplido, y Aurora y Luis acariciando las más risueñas esperanzas.

* * *

Si la felicidad consiste en trabajar, gozar de perfecta salud y amarse, nuestros amigos eran completamente felices, y aquí terminaríamos el relato si no hubiesen sucedido otros acontecimientos dignos también de ser conocidos.

A consecuencia de la publicación de unas hojas clandestinas, Luis, que era considerado como sospechoso a pesar de sus propagandas siempre en favor de la paz y fraternidad humana, fué encarcelado y acusado de predicar el exterminio de toda la sociedad. Alicia y Aurora se aprestaron a hacer más llevadera su prisión y la primera se dispuso a ser el sostén moral de la segunda mientras estuviese Luis ausente del hogar.

Otra vez rodó presurosa la máquina en el modesto hogar, de sencillo ajuar y blancas paredes, y los

días de comunicación, ambas mujeres, con el rostro risueño, a fin de no restar ánimo al encarcelado, corrían a la cárcel, guardando las lágrimas para cuando, solas en el hogar, se abrazaban para confortarse mutuamente.

Todo el que haya tenido algún deudo en la cárcel sabrá lo dolorosas que resultan estas entrevistas; voces y gritos por todas partes, amenazas y juramentos, risas y llantos; mientras algunas mujeres levantaban a su pequeño en alto y llorando se lo presentaban al padre, otras injuriaban a hombres que sacudían las rejas como leones enjaulados. Creo que la mayoría habréis presenciado este bochornoso espectáculo impropio de naciones que se tienen por civilizadas.

En uno de estos días en que los gritos hacían casi imposible la comunicación, Aurora se sintió tocada en el hombro y un caballero bien trajeado la dijo amablemente:

—Joven: si desea ver a Luis esta tarde a solas, yo puedo conseguir esta gracia para usted.

Aurora creyó ver el cielo abierto, como vulgarmente se dice, y contestó rápidamente:

—Gracias, señor; lo deseo tan vivamente que mi agradecimiento será grande.

—Entonces, venga esta tarde a las cinco y presente esta tarjeta.

Aurora contaba con impaciencia las horas que le faltaban para ver a su amado Luis, y con la puntualidad de quien, a ser posible, hubiese adelantado la hora, se presentó en la cárcel y exhibió la tarjeta. Indudablemente ya había órdenes concretas, puesto que un empleado condujo a la joven a una

sala, donde el dueño de la tarjeta escribía sentado detrás de una mesa.

Al ver a la joven se levantó a medias y amablemente indicóle una silla, mientras el empleado desaparecía a una señal suya.

Surgió entre ambos un silencio. Aurora callaba algo sobrecogida; él no encontraba las buenas palabras que necesitaba para cubrir sus bajas intenciones.

Por fin Aurora fué la primera que insinuó tímidamente:

—Señor: me habéis prometido que esta tarde vería y hablaría a Luis.

—¿Le queréis mucho?—preguntó él de pronto.

La niña abrió los ojos con tanto asombro que hizo sonreír levemente a Ricardo, joven abogado y notable orador político, que se había propuesto satisfacer un capricho, inspirado por la juventud y gracia de Aurora.

Esta respondió sencillamente:

—¡Con toda mi alma!

—Entonces ¿estaríais contenta de su pronta libertad?

—¡Ay, señor! Decidme que eso es verdad, que mi Luis estará pronto en casa, que quizá me habéis llamado para que se venga conmigo y juntos llegar a casa, dando a nuestra madre tan grande alegría, y creeré que hay seres tan buenos que se gozan en las alegrías ajenas.

—Escuchad con calma—respondió Ricardo.—Soy abogado y disfruto de alguna influencia, que me gusta aprovechar con aquellas personas que me inspiran algún interés. Os he visto venir todos los días de comunicación y vuestra juventud me ha inspira-

do una simpatía muy viva, tanto, que estoy dispuesto a conseguir inmediatamente la libertad provisional de vuestro amigo y quizá, en plazo breve, un sobreseimiento de su causa.

Aurora, al oír la palabra amigo, enrojeció hasta las orejas; era su punto vulnerable y le pareció que su amor se empequeñecía con ese título; sin embargo, hizo como que no la oía y contestó toda emocionada:

—No sé cómo deciros lo que siento. Daros las gracias es poco, recordaros con gratitud toda la vida es comparar el favor con el agradecimiento. Vamos, vamos a buscar a Luis para comunicarle la grata noticia.

—Antes—dijo Ricardo—es preciso que los dos estemos de acuerdo.

Aurora, que ya se dirigía a la puerta, se detuvo y miró al joven. Durante unos momentos se contemplaron en silencio, y éste, más elocuente, puso en las miradas todo un discurso: de duda primero, de afirmación después y de desprecio finalmente en ella; de lujuria y de bestialidad en él.

Fué un duelo en el cual la acerada punta buscaba el sentimiento, y pasando por todos sus recónditos sentires, los manifestaba desnudos, sin palabras, sin gritos ni protestas, con la fría serenidad del escarpelo que descubre las llagas físicas.

Por último Aurora contestó tranquila y serena:

—A ese precio no quiero la libertad de Luis.

Ricardo, despechado, contestó brutalmente:

—Ve a hacerte la gran señora delante de los compañeros de tu querido. Aquí sólo hay un dilema: o eres amable conmigo, o tu Luis se pudre en la cárcel.

Ante el grosero insulto, Aurora dejó de ser la joven tímida, cuyo amor sin consagrar por la ley la hacía enrojecer y se convirtió en la mujer que defiende su dignidad y su cariño.

Lentamente, como mordiéndolo las palabras y midiéndolo todo su alcance, contestó:

—Mi amigo, el hombre que sin ley ni dios me eligió para compañera de su vida, preferiría mil veces la muerte a la libertad comprada a tan bajo precio, y yo, su querida, según vuestras leyes y costumbres, destruiría el cuerpo que otro gozase, antes de presentarse ante su vista.

Y sintiendo que las lágrimas acudían a sus ojos y no queriendo dar el espectáculo de su dolor, salió apresuradamente, dejando a Ricardo rabioso y estupefacto y con unos deseos inmensos de humillar el insensato orgullo, según él, de Aurora.

Entretanto, Alicia había quedado inquieta e intrigada con la visita de Aurora a la cárcel; recordaba que muchos días durante la comunicación vió a aquel caballero presenciar sus entrevistas con Luis y ahora le asaltaba la duda si durante ellas su vista se fijó demasiado en Aurora. Suspiciosa de su amor maternal, pensaba ella sonriendo, pero sus ojos se negaban a fijarse en la labor, que dos o tres veces tiró y volvió a coger, hasta que por fin la dejó definitivamente y se dirigió a la puerta.

No incurrió Alicia en la bajeza de dudar de Aurora y espiarla; le constaba el amor que la joven sen-

ta por su hijo y tenía la certeza de que ni el hambre ni las persecuciones matarían esta pasión; mas ¿no era el amor de Aurora el más preciado don de su hijo? ¿No cifraba su ventura en este cariño para desafiar todas las adversidades de la vida? Pues a ella le tocaba conservarlo y velar por él, mientras su hijo estuviese encerrado. No; ella no debía haber dejado a Aurora ir sola; su deber estaba a su lado, para animarla si sufría y defenderla si peligraba. La cuestión era que su hijo, al salir de la cárcel, encontrase su hogar intacto y su amor continuase siendo el faro que alumbrara su vida.

Error de los errores, dirá el lector; el amor no necesita guardianes que lo cuiden ni vigilantes que lo defiendan; él solo se basta y sobra en todas las ocasiones para salir airoso de sus compromisos; pero Alicia era así, y ya hemos dicho otra vez, que las cosas cuando son de un modo quedan siempre de la misma manera por mucho que se las arregle. ¿El amor de Aurora era necesario a la vida de su hijo? pues allí estaba ella para defenderlo contra todo y contra todos. Que este amor no necesitaba de su defensa, ya lo hemos visto en la digna actitud de Aurora, pero ella no podía estar inactiva en la duda y allá se fué a la puerta de la cárcel, a esperar la salida de la compañera de Luis.

En tanto Alicia esperaba con febril ansiedad, una señora de porte distinguido llegó a la puerta y se dispuso a entrar en ella. Alicia sintió un golpe terrible en el corazón. A pesar de los años transcurridos la reconoció perfectamente: era la madre de Luis, la mujer que pisoteó su corazón, la dama honorable que lanzó al arroyo el fruto de su liviandad. Y si era ella, ¿qué buscaba? ¿Sabía que Luis era su hijo y

tardamente venía a buscar su amor? ¿Le robaría el cariño de su Luis, de la razón de su vida? Todo esto pasó por la mente de Alicia en un espacio de tiempo incontable por lo pequeño, y, como leona a quien roban sus cachorros, púsose delante de su rival y la preguntó duramente:

—¿Dónde vais?

La madre de Luis detúvose sorprendida, y casi asustada dijo algo incomprensible.

Las dos se miraron un instante: la una con la primera mirada de odio de toda su vida; la otra, con la extrañeza de quien no comprende lo que sucede. Alicia, pasada la primera impresión de cólera, se sintió tan desolada ante la idea de perder a su hijo, que juntando las manos suplicó:

—Por favor decidme: ¿a qué vais a la cárcel?

La interpelada creyó que se trataba de una loca, pero era tan intenso el dolor que reflejaba el rostro de Alicia, que, maquinalmente, contestó con dulzura:

—Calmaos, buena mujer; vengo a esperar a mi hijo y no hago la menor intención de perjudicaros.

—¿Y decís que no tenéis intención de perjudicarme viniendo a buscar a mi hijo? —gimió la pobre mujer, retorciéndose las manos.—¿No sabéis que es mi único tesoro? ¿Qué rayo de piedad ha herido vuestro corazón después de tantos años de abandono, para venir a robarme la felicidad de toda mi vida? ¿Queréis que aquí, en mitad de la calle, me arrodille a vuestras plantas y me arrastre pidiéndoos que no me arrebatéis el cariño de mi hijo, o que os lo dispute como los animales salvajes disputan sus cachorros al traidor cazador que quiere arrebatárselos? Pero no: olvidad las palabras de esta insensa-

ta mujer. Sois quizá rica; quizá poseéis influencia suficiente para abrir las puertas de la prisión a mi hijo y yo sería un monstruo de egoísmo si impidiera su libertad y bienestar. ¡Sálvese él y muera yo de desesperación! Pasad, señora; una vez más vais a pisotear mi corazón.

La madre de Luis pasó por todas las angustias y temores que el lector podrá figurarse; recordó que su deber maternal tenía una deuda incumplida y tembló al considerar perdida en un momento su fama de mujer honrada y virtuosa, pero dispuesta siempre a todo menos a ser descubierta, atrajo a Alicia y le dijo con dulzura:

—Serenaos, por favor. Ni vengo a robaros a vuestro hijo, ni intento aproximarme a él; el hijo a quien espero es un notable abogado, que esta tarde tiene un asunto urgente aquí.

—¿Se llama Ricardo?—preguntó anhelante Alicia.

—Efectivamente, pero cómo sabéis...

—El cómo importa poco, pero oidme: O dentro de tres días venís aquí a decirme que vuestro hijo Ricardo ha conseguido la libertad de un detenido por delitos políticos, llamado Luis, o, tan claro como yo soy la mujer cuyo corazón destrozasteis sin piedad y que Luis es el fruto de vuestros amores con el hombre que yo adoraba, que pasado ese plazo, todo el mundo sabrá que Luis es vuestro hijo y mentira vuestra virtud y honradez. ¡O salváis a nuestro hijo, o quedáis deshonrada, aunque yo muera de dolor si pierdo su cariño!

Cuando Alicia y Aurora se encontraron en su humilde vivienda, se abrazaron silenciosamente, sin atreverse a hablar por miedo cada cual a revelar su secreto, acostándose en seguida, por más que am-

bas estaban ciertas de que el sueño huiría de sus ojos... ¿Quién se acordaba de cenar, aquella noche?

Las dos madres de Luis, podemos llamarlas de esta manera, habían tenido varias entrevistas infructuosas. Ricardo se negaba obstinadamente y todas las tentativas de su madre se estrellaban ante una negativa rotunda y absoluta. Su amor propio hablaba más alto que las súplicas de su madre, y juraba que nada ni nadie le haría interceder en favor del preso. No es que estuviera enamorado de Aurora, amancebada con un obrero; su mentalidad no llegaba a traspasar los límites de la sociedad burguesa. La dignidad de Aurora y su desprecio le hirió más fuertemente cuanto más inesperado. Alicia, por otra parte, estaba dispuesta a todo y en esta situación en que todos los medios parecen buenos, concertaron las tres mujeres—a Aurora hicieronla creer que aquella señora, antigua amiga de Alicia, se interesaba por la libertad de Luis a causa de su amistad,—sobornar la fidelidad de un carcelero que facilitaría la fuga.

Aurora fué la encargada de convencer a Luis, de que los compañeros deseaban su fuga para confiarle una importante y delicada misión en el extranjero, y las tres aguardaron, con verdadera impaciencia, la hora señalada.

Ricardo, desconfiado y receloso, espiaba a su madre, extrañado ante la insistente obstinación de salvar a Luis.

Como todo llega en este mundo, llegó el día en el

que avisó el carcelero que aquella noche, a las doce, saldría Luis con su ayuda y convenientemente disfrazado.

La primera campanada de las doce tuvo la virtud aquella noche de suspender la respiración de tres personas, que esperaban en un sitio no lejos de la cárcel, ya convenido de antemano. Hay minutos que parecen el emblema de la eternidad y horas que no fueron medidas por ningún reloj. Por fin apareció Luis, y antes de que pudiera caer en los brazos de la mujer amada, una sombra se interpuso entre ambos, y Ricardo, con un revólver en la mano, gritó:

—¡Alto o eres muerto!

No era hombre Luis que se dejara intimar tan fácilmente; así es que, desarmado e indefenso, se dispuso a defender con la vida su libertad y su amor; mas Alicia, espantada de la lucha que se preparaba, púsose delante de Luis y dijo:

—¡Detente, hijo mío: es tu hermano!

Confundióse con sus palabras el silbido trágico del disparo y Alicia cayó mortalmente herida en los brazos de Luis.

—¡Madre!—gritó Luis mirando con tal furia a su hermano, que si las miradas fuesen mortales, antes acabara él que Alicia.

Esta abrió los ojos, como si esta sola palabra tuviera el don de resucitarla, y señalando a la madre de Ricardo, dijo:

—Tu madre es aquella señora; yo te recogí el día que naciste, al ser conducido al hospicio.

Y enviando a su hijo un beso, que no pudo terminar, murió.

—¡No, no!—rugió Luis revolviéndose como una fiera enjaulada y rechazando a su madre que en ade-

mán de suplica adelantaba hacia él.—No es mi madre la que me engendró en un espasmo de placer y abandonó en un momento de frío egoísmo. Mi madre eres tú, que velaste mi infancia; tú, que supiste formar mi inteligencia para el bien y la justicia; tú, que si no me engendraste, me diste la vida de diferentes modos. ¡Atrás! ¡No sois dignos ni aun de posar vuestras miradas sobre ella!

Y arrodillándose delante de Alicia, la estrechó en sus brazos, mientras le decía dulce y quedamente: —¡Madre!... ¡Madre!... ¡Madre!...

FIN

Publicaciones de LA REVISTA BLANCA

Los hijos del amor

AUTOR: FEDERICO URALES

Novela en que se sostiene la tesis de que el fruto de las uniones naturales es superior al de los amores legales

Ejemplar: 1'50 ptas.; tercera edición

Publicaciones de LA REVISTA BLANCA

Renacer

AUTOR: FEDERICO URALES

Novela de elevación moral y de amor libre, por medio del cual se emancipa una artista que vió vender su cuerpo

Ejemplar: 2 ptas.